Oscar Wilde
La Esfinge sin Secreto
ELEJANDRIA

La esfinge sin secreto

Oscar Wilde

1887

Traducción: Elejandría

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

UNA tarde estaba yo sentado frente al Café de la Paix, observando el esplendor y la miseria de la vida parisina, y asombrándome con mi vermut del extraño panorama de orgullo y pobreza que pasaba ante mí, cuando oí que alguien me llamaba por mi nombre. Me giré y vi a lord Murchison. No nos habíamos visto desde que habíamos estado juntos en la universidad, casi diez años antes, así que me alegré de volver a encontrarme con él, y nos dimos un cálido apretón de manos. En Oxford habíamos sido grandes amigos. Me caía muy bien, era tan guapo, tan animoso y tan honrado. Solíamos decir de él que sería el mejor de los compañeros si no dijera siempre la verdad, pero creo que lo admirábamos aún más por su franqueza. Lo encontré muy cambiado. Parecía ansioso y desconcertado, y parecía tener dudas sobre algo. Me pareció que no podía tratarse de escepticismo moderno, pues Murchison era el más firme de los conservadores y creía en el Pentateuco con la misma firmeza que en la Cámara de los Pares; así que concluí que se trataba de una mujer y le pregunté si ya estaba casado.

"No entiendo bien a las mujeres", respondió.

"Mi querido Gerald", le dije, "las mujeres están hechas para ser amadas, no para ser comprendidas".

"No puedo amar donde no puedo confiar", replicó.

"Creo que tienes un misterio en tu vida, Gerald", exclamé; "háblame de él".

"Vayamos a dar un paseo", respondió, "aquí hay demasiada gente. No, un carruaje amarillo no, cualquier otro color... aquí, ese verde oscuro servirá"; y en unos momentos estábamos trotando por el bulevar en dirección a la Madeleine.

"¿Adónde vamos?" dije.

"¡Ah, donde quieras!", respondió, "al restaurante del Bois; cenaremos allí, y me contarás todo sobre ti".

"Primero quiero saber de ti", dije. "Cuéntame tu misterio".

Sacó de su bolsillo un pequeño estuche de marruecos con cierres de plata y me lo entregó. Lo abrí. Dentro estaba la fotografía de una mujer. Era alta y delgada, y extrañamente pintoresca con sus grandes ojos vagos y su pelo suelto. Parecía una clarividente, y estaba envuelta en ricas pieles.

"¿Qué te parece esa cara?", dijo; "¿es veraz?".

La examiné cuidadosamente. Me pareció el rostro de alguien que tenía un secreto, pero no podía decir si ese secreto era bueno o malo. Su belleza era una belleza moldeada a partir de muchos misterios -la belleza, de hecho, que es psicológica, no plástica- y la débil sonrisa que acababa de cruzar los labios era demasiado sutil para ser realmente dulce.

"Bueno", gritó impaciente, "¿qué dices?"

"Es la Gioconda de las martas", respondí.

"Déjeme saber todo sobre ella".

"Ahora no", dijo; "después de la cena", y empezó a hablar de otras cosas.

Cuando el camarero nos trajo el café y los cigarrillos, le recordé a Gerald su promesa. Se levantó de su asiento, caminó dos o tres veces de un lado a otro de la habitación y, hundiéndose en un sillón, me contó la siguiente historia

"Una noche", dijo, "iba caminando por Bond Street hacia las cinco de la tarde. Había una gran aglomeración de carruajes y el tráfico estaba casi detenido. Cerca de la acera había un pequeño coche amarillo que, por una u otra razón, atrajo mi atención. Cuando pasé por delante de él, apareció el rostro que le mostré esta tarde. Me fascinó inmediatamente. Durante toda la noche no dejé de pensar en ella, y durante todo el día siguiente. Recorrí esa miserable calle de un lado a otro, mirando en todos los carruajes y esperando el coche amarillo; pero no pude encontrar a ma belle inconnue, y al final empecé a pensar que no era más que un sueño. Alrededor de una semana después, estaba cenando con Madame de Rastail. La cena estaba prevista para las ocho; pero a las ocho y media seguíamos esperando en el salón, y finalmente el criado abrió la puerta y anunció a lady Alroy. Era la mujer que yo buscaba. Entró muy despacio, con el aspecto de un rayo de luna vestido de encaje gris, y, para mi gran alegría, me pidió que la acompañara a cenar. Después de sentarnos, comenté inocentemente: "Creo que la vi en Bond Street hace algún tiempo, Lady Alroy". Ella se puso muy pálida y me dijo en voz baja: "Le ruego que no hable tan alto; puede ser escuchada". Me sentí miserable por haber empezado tan mal, y me sumergí imprudentemente en el tema de las obras francesas. Ella hablaba muy poco, siempre con la misma voz baja y musical, y parecía como si tuviera miedo de que alguien la escuchara. Me enamoré apasionada y estúpidamente, y la indefinible atmósfera de misterio que la rodeaba excitó mi más ardiente curiosidad. Cuando se marchó, lo que hizo poco después de la cena, le pregunté si podía ir a verla. Dudó un momento, miró a su alrededor para ver si había alguien cerca de nosotros, y luego dijo: "Sí; mañana a las cinco menos cuarto". Le rogué a Madame de Rastail que me hablara de ella; pero todo lo que pude saber fue que era viuda y que tenía una hermosa casa en Park Lane, y como algún pesado científico comenzó una disertación sobre las viudas, como ejemplo de la supervivencia de los más aptos matrimonialmente, me marché y me fui a casa.

"Al día siguiente llegué a Park Lane puntualmente, pero el mayordomo me dijo que Lady Alroy acababa de salir. Bajé al club bastante descontento y muy desconcertado, y después de pensarlo mucho le escribí una carta, pidiéndole que me permitiera probar mi oportunidad alguna otra tarde. No obtuve respuesta durante varios días, pero por fin recibí una pequeña nota diciendo que estaría en casa el domingo a las cuatro y con esta extraordinaria posdata: "Por favor, no vuelvas a escribirme aquí; te lo explicaré cuando te vea". El domingo me recibió, y fue perfectamente encantadora; pero cuando me marchaba me rogó que, si volvía a tener ocasión de escribirle, dirigiera mi carta a "Mrs. Knox, a la atención de Whittaker "s Library, Green Street". "Hay razones", dijo, "por las que no puedo recibir cartas en mi propia casa".

"Durante toda la temporada la vi mucho, y la atmósfera de misterio nunca la abandonó. A veces pensaba que estaba en poder de algún hombre, pero parecía tan inaccesible que no podía creerlo. Me resultaba muy difícil llegar a una conclusión, porque era como uno de esos extraños cristales que se ven en los museos, que en un momento están claros y en otro nublados. Al final decidí pedirle que fuera mi esposa: Estaba harto del incesante secretismo que imponía a todas mis visitas y a las pocas cartas que le enviaba. Le escribí a la biblioteca para preguntarle si podía verme el lunes siguiente a las seis. Me contestó que sí, y me sentí en el séptimo cielo del placer. Estaba encaprichado con ella: a pesar del misterio, pensé entonces en consecuencia, veo ahora. No; era la mujer misma la que amaba. El misterio me turbaba, me enloquecía. ¿Por qué el azar me puso en su camino?"

"¿Lo descubriste, entonces?" grité.

"Me temo que sí", respondió. "Puedes juzgar por ti mismo".

"Cuando llegó el lunes fui a comer con mi tío, y hacia las cuatro

me encontré en Marylebone Road. Mi tío, ya sabes, vive en Regent's Park. Quería llegar a Piccadilly, y tomé un atajo a través de un montón de callecitas de mala muerte. De repente, vi delante de mí a Lady Alroy, profundamente velada y caminando muy rápido. Al llegar a la última casa de la calle, subió los escalones, sacó una llave y entró. "¡Aquí está el misterio!" me dije, y me apresuré a examinar la casa. Parecía una especie de casa de alquiler. En el umbral estaba el pañuelo que se le había caído. Lo recogí y me lo metí en el bolsillo. Entonces empecé a pensar en lo que debía hacer. Llegué a la conclusión de que no tenía derecho a espiarla, y me dirigí al club. A las seis llamé para verla. Estaba tumbada en un sofá, con un vestido de té de tejido plateado recogido por unas extrañas piedras lunares que siempre llevaba. Estaba muy guapa. "Me alegro mucho de verte", dijo; "no he salido en todo el día". La miré con asombro y, sacando el pañuelo de mi bolsillo, se lo entregué. "Se le cayó esto en Cumnor Street esta tarde, Lady Alroy", le dije con mucha calma. Ella me miró aterrorizada, pero no intentó coger el pañuelo. "¿Qué estaba haciendo allí?" pregunté. "¿Qué derecho tiene usted a interrogarme?", respondió ella. "El derecho de un hombre que te ama", contesté; "he venido a pedirte que seas mi esposa". Ella escondió su rostro entre las manos y rompió a llorar. "Debes decírmelo", continué. Se levantó y, mirándome fijamente a la cara, dijo: "Lord Murchison, no hay nada que decirle". Se puso terriblemente blanca y dijo: "No he ido a ver a nadie". exclamé. "Ya la he dicho", contestó ella. Yo estaba loco, frenético; no sé lo que dije, pero le dije cosas terribles. Finalmente salí corriendo de la casa. Ella me escribió una carta al día siguiente; la devolví sin abrir y me fui a Noruega con Alan Colville. Al cabo de un mes volví, y lo primero que vi en el Morning Post fue la muerte de Lady Alroy. Se había resfriado en la Ópera y había muerto en cinco días de congestión pulmonar. Me encerré y no vi a nadie. La había amado tanto, la había amado con locura. ¡Dios mío! ¡Cómo había amado a esa mujer!"

"¿Fuiste a la calle, a la casa de ella?" dije.

"Sí", respondió.

"Un día fui a la calle Cumnor. No pude evitarlo; me torturaba la duda. Llamé a la puerta y me abrió una mujer de aspecto respetable. Le pregunté si tenía alguna habitación en alquiler. "Bueno, señor", respondió, "se supone que los salones están alquilados; pero no he visto a la señora desde hace tres meses, y como se debe el alquiler de los mismos, puede disponer de ellos". Dije, mostrando la fotografía. "Es ella, sin duda", exclamó; "¿y cuándo va a volver, señor?" - "La señora ha muerto", respondí. "¡Oh, señor, espero que no!", dijo la mujer; "era mi mejor inquilina. Me pagaba tres guineas a la semana sólo por sentarse en mis salones de vez en cuando". Dije; pero la mujer me aseguró que no era así, que siempre venía sola y no veía a nadie. "¿Qué diablos hacía ella aquí?" grité. "Simplemente se sentaba en el salón, señor, leyendo libros, y a veces tomaba el té", respondió la mujer. No supe qué decir, así que le di un soberano y me fui. Ahora, ¿qué crees que significa todo esto? ¿No crees que la mujer decía la verdad?"

"Lo creo."

"Entonces, ¿por qué fue allí Lady Alroy?"

"Mi querido Gerald", respondí, "Lady Alroy era simplemente una mujer con una manía por el misterio. Tomó estas habitaciones por el placer de ir allí con el velo puesto, e imaginando que era una heroína. Tenía una pasión por el secreto, pero ella misma no era más que una Esfinge sin secreto".

"¿Realmente lo crees?"

"Estoy seguro de ello", respondí.

Sacó el estuche de marruecos, lo abrió y miró la fotografía. "Me pregunto...", dijo al fin.

1. Capítulo 1

Hitos

1. Portada